

# Las letras asustadas y otros cuentos

María Luisa Lázzaro  
Franklin Pérez Guillén Lázzaro  
Ilustraciones de Ludwianna Piñero Pereira

AMOR

Mérida IPIME



Coexistir

M+F=♥

# Arte

PAZ

VLA

Esperanza

SKATE

2021

cultura

VENEZUELA

MÉRIDA



COLECCIÓN Cocuyos de Cristal  
SERIE Cuento





**Gobernación del Estado  
Bolivariano de Mérida**

Ramón Guevara  
*Gobernador*

**Instituto Autónomo de  
Servicios de Bibliotecas  
e Información del Estado  
Bolivariano de Mérida  
IBIME**

Gloria Moreno  
*Presidenta*

Lourdes Lobo  
*Directora*

Zaida Contreras  
*Coordinadora  
Red de Bibliotecas Públicas  
Mérida*



## Las letras asustadas y otros cuentos

**Nota editorial:**

La publicación del presente libro se realiza sin fines de lucro, preservando los derechos de su autor y constituye un aporte al acervo cultural de estado Mérida-Venezuela. Su publicación en línea se realiza de forma gratuita en los espacios del editor y aquellos que el autor considere necesarios.

**Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo**

© María Luisa Lázzaro y Franklin Pérez Guillén Lázzaro, 2021.  
© Ludwianna Piñero Pereira (ilustraciones), 2021.

© **Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas e Información del Estado Bolivariano de Mérida - IBIME**, 2021.  
Sector Glorias Patrias, Calle 1 los Eucaliptos,  
entre Avs. Gonzálo Picón y Tulio Febres Cordero.  
Mérida, Venezuela.  
Telfax: 0274-2623898  
Correo: fondoeditorialcdb@gmail.com  
www.ibime.gob.ve

**Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo**

*Coordinación editorial y edición:* **Ennio Tucci**  
*Diseño Gráfico y diagramación:* **América Latina Rodríguez**  
*Ilustración y promoción:* **Ludwianna Piñero Pereira**

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY  
Depósito legal: ME2021000236  
ISBN: 978-980-7860-15-4

Encuentra este y otros libros en:  
<https://issuu.com/fondoeditorialcarmendeliabencomo>

# Las letras asustadas y otros cuentos

María Luisa Lázzaro y Franklin Pérez Guillén Lázzaro  
Ilustraciones de Ludwianna Piñero Pereira

Colección **Cocuyos de Cristal**  
Serie **Cuento**

## Nota editorial

---

Dos ingredientes esenciales en las historias que presentamos a continuación son la imaginación y la experiencia. Contadas a dos manos entre una abuela escritora que sabe escuchar y un niño que ejerce su libertad de contar, nos recuerdan cómo es ver el mundo por primera vez, sin ideas preconcebidas, ni conceptos limitantes, y juntos comparten con nosotros sus hallazgos.

Este es un libro producto del diálogo, la práctica más necesaria en el seno de la familia del siglo XXI, base de una sociedad que vive inmersa en la comunicación permanente pero impersonal, llena de contenidos pero vacía de sentido.

Desde el Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo presentamos “Las letras asustadas” para motivar a la colectividad merideña a ejercitar el diálogo intrafamiliar como una de las formas para construir una sociedad mejor, más solidaria, creativa y amorosa.

*Ennio Tucci*

Editor



## A manera de prólogo

Definitivamente las canciones y las lecturas con las que los padres acompañan a sus hijos, desde muy temprana edad, estimulan los caminos hacia la plenitud creativa en todas las áreas, que en su crecimiento y desarrollo evolutivo los niños van eligiendo. Estas niñas y niños lectores ven más allá, ven lo profundo. Sus miradas y sensaciones siempre denotarán algo más, que puede pasar desapercibido a quienes solo ven la superficie de las profundidades. Ver “letras asustadas” en grafitis despintados es propio de quien ve más allá de lo que ve. Es sensibilidad, creatividad, gozo estético.

Este libro surgió del acto de indagación de un niño de cuatro años, quien motivó a la vez a una abuela creativa a darle vida a varias historias, y de la mano de su nieto.

Y la ficción siguió creciendo porque el niño continuó indagando y la abuela escribiendo, hasta que el niño a los cuatro años y nueve meses le pidió a la abuela que se sentara en la computadora porque le iba a contar un cuento, su primer cuento: *El baile de los números*. Después vinieron los otros y el niño que ni siquiera tenía cinco años fue describiendo cada uno de los números como personajes. Al terminar le dijo a la abuela: “Ya los describí, mañana les pondré las acciones.” Y la abuela con el corazón casi en la boca, maravillada porque un niño tan pequeño sabía diferenciar las descripciones de los personajes de sus acciones. A la mañana siguiente fue dictándole a la abuela el hacer de cada uno de los personajes. Un año después la ayudó a reacomodar palabras y frases de los tantos cuentos que se fueron contando la abuela y su nieto.



## El Rey Franfrán y las letras asustadas

Había una vez un rey grande, muy grande, que era chiquito como de cinco años. Su traje era de satén rojo con blanco y negro acebrado, su corona de príncipe, sus botines dorados, elegantes, de corte mediano. Aunque por instantes parecía asustado era tan fuerte que podía enfrentarse a un tigre, a un león y a la fuerza de todos los vientos.

Se llamaba Franfrán y era tan amoroso que cuando se vestía de San Nicolás dejaba que su osito Frufrú le mordiera el dedo pulgar y se lo comiera todo. Estaba seguro de que el dedo le volvería a nacer de inmediato;

como de hecho sucedió esa misma Navidad. El dedo apareció en un abrir de ojos, y le dijo: ¡Hola! ¿Qué tal?

Una tarde, al regresar Franfrán de compartir con sus amigos de la escuela, cuentos, canciones, lápices de colores, meriendas, juegos y rondas... ¡las vio! Desde la ventana del auto las vio.

—¡Ahí, ahí! En la pared. ¡Ahí, mamá! ¡Regresa! ¡Una letra asustada! ¡Muchas... muchas letras asustadas!

En una pared, una al lado de la otra, temblorosas, sin formas definidas, una hilera de letras asustadas. Imposible leerlas.

—¿Será la A, será la E, la I, la O, la U? ¿Será una F, una C, una M, una Z? ¿Acostada, sentada... por caer?

Por más que lo intentaba, esforzándose, ni Franfrán ni su mamá podían leer lo que decían.

—¿Serán nubes, serán pájaros, delfines, telas de arañas, monstruos, piratas, iguanas?

¿Estarán sucios mis ojos? —se preguntó restregándose la cara con las dos manitas.

Las letras se veían deformadas, regordetas, temblorosas, arrugadas. Muchos colores mezclados con negro, marrón, naranja, azul, gris, violeta, morado, rojo, verde.

—Como si se hubieran despintado, o se les hubiese chorreado la pintura entre pincel y pincel.

—Tal vez un borrador de lluvia... o se pusieron patines, narices, bocas, pestañas.

En esas estaba Franfrán, contemplando, cuando escuchó voces de varios niños y niñas que decían:

—¡Las letras están mal pintadas... o mareadas... como si les doliera la barriga... o estuvieran jugando a las escondidas! —gritaban sorprendidos, unos y otros.

—¡Papá, mira, las letras están deformadas! —lloraba una niña, zarandeando al papá por el pantalón.

—¿Será una A, será una E, será una I? ¿Una zeta, un delfín, un aeroplano? —seguían preguntándose.

Ya en casa, sentado en el trono de su imaginación, Franfrán, estuvo pensando y pensando. Se rascó una oreja, después la otra... Y ¡zúas! le llegó una grandiosa y

enorme idea: Llamar a su papá. Entre los dos descubrirían el misterio de las letras asustadas. Los dos soñaron alguna vez disfrazarse de Zorro y salir a defender los huevitos de los Angry birds.

Así que —sin esperar ni un minuto— lo llamó por teléfono.

—¡Aló, aló! ¿Hablo con el Zorro? ¿El del antifaz y la espada que escribe zetas (Z) de un solo chas-chas?

—¡Sí, claro, con él mismo habla! ¿Para qué soy bueno?

—Habla el rey Franfrán. Necesito que me ayudes a investigar por qué las letras están asustadas.

—¡Enseguida montaré mi caballo alazán y estaré en un dos por tres! ¡Arre, arre caballito, arre, arre a trabajar, vuela, vuela por los aires que enseguida estaremos allá!

El papá de Franfrán mientras venía en camino fue notando que los muros de las avenidas estaban llenos de letras asustadas. Menos mal que sabía leerlas de atrás para adelante, de abajo para arriba y de aquí hasta más allá.





Mientras llegaba su papá, Franfrán les hacía preguntas muy importantes a las letras asustadas.

—¿Les duele la garganta, la barriga, la cabeza?

Una sola pareció abrir la boca para decirle que tenía un pedacito de comida atascado entre los dientes. Las demás se quedaron calladas como si tuvieran mucho sueño, hasta que, casi al mismo tiempo que su papá, llegaron unos muchachos, estudiantes de la universidad que traían unos botes de pinturas en aerosol de muchos colores, y comenzaron a retocarlas.

—Porque... les había llovido mucho la noche anterior y se habían despintado... o escurrido, como los helados —le explicó su papá.

Así se enteró Franfrán de cómo se habían formado las letras que parecían asustadas y cómo recuperaban sus colores, sus formas artísticas; de palabras con mensajes no fáciles de leer. También supo que su nombre era grafiti.

—Graffiti en italiano —le aclaró el papá.

Desde ese maravilloso día Franfrán les prometió contarles un cuento una vez a la semana para acompañarlas.

El primer cuento tenía que hacerlas reír muchísimo, pensó Franfrán. Así que habló con su abuela, contadora de cuentos.

La abuela buscó dos sillas portátiles para que todos los sábados a las cinco de la tarde fueran a contarles un cuento recién salido del horno de la imaginación.

Mientras la abuela terminaba de preparar el cuento Paticas para qué te tengo, que era para desternillarse de la risa, Franfrán les inventó uno de un niño, que por distraído se tragó un sapo verde. Después inventó otros cuentos que le fue dictando a la abuela para que los transcribiera en la computadora y luego en papel, así poder leérselos cada sábado como les había prometido.



## El niño distraído que se tragó un sapo verde

Este era un niño muy, pero muy distraído y fantasioso, andaba todos los días volando entre nubes, se la pasaba ensoñando ser pájaro y volar, ser un arcoíris y colorear el paisaje, ser lluvia y regar las flores.

Un día se tragó un sapo verde. El sapo estuvo brincando un rato en su barriga hasta que se aburrió y decidió regresar a la boca, por donde salió volando convertido en un pájaro.

El pájaro se convirtió en un arcoíris muy lindo con sus siete colores: rojo, naranja, amarillo, verde, cian, azul y violeta, y después... se hizo lluvia.

Estuvo regando las flores, los árboles, los arbustos, mojando con sus gotas suaves a todas las personas que caminaban por las calles, y también a las letras que parecían asustadas, pero... sin despintarlas.

Después se volvió a transformar en un sapito chiquito que le gustaba soñar, cantar y saltar.

Finalmente se convirtió en una silla para que todos se sentaran por turno a contarles cuentos a las letras asustadas.

Una semana después les contaron el cuento *Paticas para qué te tengo*, que surgió “de la nada o del todo fantástico” de una abuela y su nieto.





## ¿Paticas para qué te tengo?

Un día, muy temprano en la mañana, un señor que parecía un niño por su tamaño y su cara, estaba preparándose con una enorme vara para tumbar unos mangos deliciosos y grandes que colgaban hacia afuera de un solar.

En eso estaba, con un saco que pretendía llenar al final de su exitosa jornada, cuando —de pronto— vio venir a un dragón pequeño, pero dragón al fin. Venía echando humo blanco por la boca mientras batía sus alas estrepitosamente, acelerándole el corazón... pum, pum, pum.

Sin pensarlo ni la mitad, de una vez, el niño que parecía un señor vio a un caballo ideal para su tamaño, corrió y corrió y se le montó con la velocidad de un rayo, diciendo:

—¿Paticas para qué te tengo, paticas para qué te tengo?, mientras el corazón latía a mil revoluciones por minutos.

—¡Corre, corre! —le decía el hombre niño al caballo.

Cuando el caballo vio que el dragón los seguía con su humarada blanca y sus ojos demasiado grandes, como dos lunas encendidas, dijo, pensó, se preguntó:

—¿Paticas para qué te tengo, paticas para qué te tengo? Y corrió y corrió. Vio un coche, un automóvil convertible con la capota abierta y se le subió más raudo que ave de rapiña veloz.

El hombre niño sobre el caballo, el caballo sobre el coche convertible y veloz.

Cuando el coche vio al dragón se dijo: —¿Paticas para qué te tengo, paticas para qué te tengo? Y corrió, corrió, aumentó la velocidad con sus llantas casi a reventar.

Como estaban cerca del aeropuerto, el auto, el caballo y el hombre que parecía niño se subieron a un avión pequeño que estaba a punto de despegar.

El hombre sobre el caballo, el caballo sobre el coche, el coche sobre el aeroplano.

—¡Uff! ¡Al fin un descanso! —le dijo el hombre al caballo, y el caballo al auto y el auto al aeroplano.

Pero, cuando el aeroplano vio que el dragón venía siguiéndolos entre las nubes, casi, casi cerca, se montó en una nube diciéndose:

—¿Paticas para qué te tengo, paticas para qué te tengo?

El hombre sobre el caballo, el caballo sobre el coche, el coche sobre la avioneta, la avioneta sobre la nube. Pero, ahí, ahí seguía el dragón, persiguiéndolos.

Entonces, la nube se acordó de Dios y se le montó encima, abrazándolo fuertemente, pero cuidando que sus pasajeros no se resbalaran.

Y Dios, cuando vio al dragón echando ese humo blanco por su nariz, tan imponente en los cielos —dijo, con

voz de trueno: PATICAS... nooo... pero, si yo soy Dios.

—¡Mira, dragón! ¡Ven para acá! ¿Dónde están tu papá y tú mamá? ¡Vamos a buscarlos!

Dios, se dio cuenta de que era tan solo un dragón niño, que andaba descarriado queriendo jugar como si fuera un gato o un perro de cacería.

Después de regañarlo, Dios lo regresó a su casa diciéndole a sus padres que le pusieran atención, para que no estuviera asustando a las personas y a las letras, que ya estaban bastante asustadas.

Y colorín colorado este cuento de susto casi no se ha terminado, porque... —¿Cómo bajan del cielo el señor que parecía niño, el caballo, el coche, el avión y las nubes? —se preguntaron las letras asustadas.

Franfrán les explicó que en los cuentos siempre hay una escalera por donde bajar y subir. Y con esa explicación las letras se quedaron menos asustadas.





## Mosquito patas cortas

---

Un mosquito patas cortas saltó al vaso de agua fría de la chica de trenzas verdes.

—¡Guácala! —dijo la chica—. Estuvo a punto de pasar a mi lengua, a mi esófago, al estómago. ¡Pobre!, los ácidos del estómago hubieran acabado con su frágil vida de mosquito.

—Pero, tengo tanta sed —dijo el mosquito.

El mosquito patas cortas no sabía de ácidos ni de esófagos, solo atinó a pensar en el encierro en que estaba, en ese vaso transparente, angosto. Quería volar, pero sus alas estaban pesadas, lentas, atontadas por el agua y el frío.

Dios, que estaba en los dos pensamientos —el de la muchacha y el del mosquito— empezó a dar vueltas en círculo sobre sí mismo tratando de encontrar un punto de conciliación entre el ácido del estómago y el frío del vaso de vidrio. Entonces sopló y sopló y el mosquito voló, y el agua bien limpia quedó porque la chica de las trenzas verdes solamente lo soñó.







## ¿Y los otros qué dicen?

Un día la mamá de Franfrán llegó a la casa cansada del trajín, se quitó los tacones para descansar sus pies en el piso frío y respiró profundo para llenarse de la energía de su hermosa familia. Su hijo y su esposo la esperaban para almorzar. Pero ella tenía unas palabras que venían resonando en su cabeza y quiso compartirlas con su familia en la antesala de la cocina, así que sin pensarlo mucho dijo en voz alta:

—Algunos dicen que el cuerpo humano es una máquina perfecta.

Franfrán, de cinco años, miró a una distancia que parecía ser el trayecto entre su pensamiento y las palabras pronunciadas por la madre y, parsimonioso, con signos de interrogación (?) o de admiración (!), preguntó como al descuido del aire que resopla la tarde:

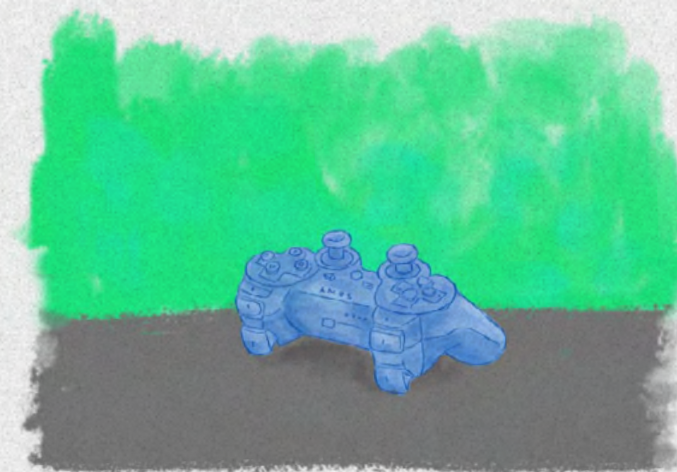
—¿Y los otros... qué dicen?

La mamá miró al papá como al descuido de un colibrí en su cabeza buscando una flor donde libar el néctar de su entendimiento.

El papá miró a la abuela buscando una escalera que los salvara de algún naufragio en las palabras.

La abuela miró hacia la ventana rogando un rayo dulce y sabio que lanzara alguna frase que fuera más que el silencio.

El niño regresó tranquilamente al botón de encendido del juego, que había dejado en pausa por unos segundos mientras reflexionaba.





## El pez espada y su nariz singular

El pez espada estaba muy contento, por fin había cumplido seis años, ya no le seguirían diciendo: “Bebecito”, ni: “Qué bebé espada tan lindo”.

Sentía que era el momento de mirarse en el espejo y ensayar varias poses para las fotos.

—Así todos verán lo grande que estoy, y que cada vez me parezco más a mi papá, a quien tanto admiro —se dijo.

Pero lo que vio en el espejo no le gustó mucho. Su nariz era muy larga para su tamaño y no le permitía mirarse de cerca los ojos.

Fue donde estaba su papá y vio que su nariz se le veía muy bien, requetebién.

Entonces le preguntó que si cuando era de su edad no se asustó del tamaño de su nariz. Y el papá le respondió que sí, pero él fue donde su papá, y su papá le explicó que ya no le crecería más, solo le iba a crecer el cuerpo.

El pez espada que estaba cumpliendo seis años regresó al espejo y dijo: “Gracias nariz, disculpa por haberme asustado, no todos los peces tienen una nariz tan singular.”





## El mono del zoológico

---

Había una vez un zoológico que tenía muchos animales. Un día se escapó el mono Chichí, los cuidadores estaban muy preocupados por él. En eso llegó un vaquero que se llamaba Uno, y se ofreció a colaborar en su búsqueda. Se fue hasta la ciudad y comenzó a observar las copas de los árboles, pero no lo vio. En ese momento llegaron otros vaqueros y entre todos iniciaron la búsqueda por los alrededores.

Lo extraño es que en ese pueblo todos tenían nombre de números.

Descubrieron que en la casa del señor Noventa y nueve se había escondido el mono Chichí.

Al señor Cien, lo habían llamado para que ayudara a buscar a Chichí.

También llamaron a Ciento uno, este llegó más rápido que el otro y lo encontró y lo llevó de vuelta al zoológico. Revisando se dio cuenta de que el monito estaba debajo de la cama del señor Noventa y nueve porque encontró un caminito de migajas de galletas.

Después le preguntaron al monito por qué se había ido. Y éste contestó que no le habían dado comida porque el cuidador estaba muy ocupado en otras cosas.

Así que todos los números hablaron con el cuidador para que no desatendiera la comida de los animalitos.





## El baile de los números

Había una vez un UNO que le gustaba mucho, muchísimo, bailar, pero era muy alto, altísimo, sobre todo porque le gustaba bailar con DOS que era más pequeño y a quien le gustaba escribir más que bailar.

Un día apareció TRES que era sembrador, le gustaba sembrar semillas para que crecieran flores, pero de repente llegó un temblor que lo asustó. Cuando iba a salir corriendo se dio cuenta de que era un tractor que venía a suavizar la tierra.

En eso apareció CUATRO que bostezaba todos los días, siempre tenía sueño, pero cuando llegó CINCO en

una moto haciendo ruido, se interesó en preguntarle sus aventuras en la ciudad. CINCO le contó que también era sembrador, pero de palabras. En su casa había un montón de libros en el suelo y en el estante. Se acercó muy emocionado SEIS, que había escuchado todo y se interesó porque leía cuentos todas las noches.

Así llegó SIETE, quien era muy inquieto, hablaba, cantaba, bailaba, y era alto, altísimo. En eso empezó a sonar un rock, era OCHO que llegaba con un altavoz.

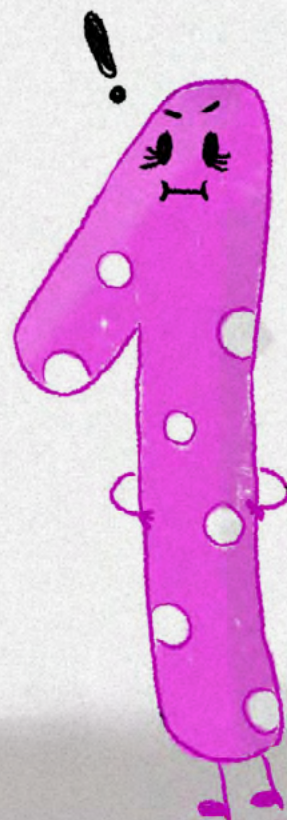
UNO se emocionó tanto que se puso a bailar con SIETE. Los otros se acercaron con un poquito de pena, pero NUEVE que era encendedor de luces los entusiasmó a todos: ¡A bailar, a bailar!

Cuando ya estaban bien cansados apareció DIEZ que era el apagador de luces. ¡A dormir, a dormir!

Colorín colorado este baile de números por fin se ha terminado.









## Quejas o risas

Un jueves en la mañana la abuela al llevarme a la escuela me dijo:

—Vamos a darle una vuelta a las letras asustadas a ver cómo amanecieron.

Las vimos un poco apagadas, no sabemos si era porque en varias semanas no habíamos ido a contarles cuentos, o porque estaban casi despintadas de alegría, como si hubieran pasado mala noche. Al parecer en esa zona hacen mucho ruido.

Indagando en el entorno, la abuela concluyó que algunas personas que pasan por ahí van quejándose de

cualquier cosa y esto las entristece. Así que la abuela dijo:

—Tenemos que hacer algo. Vamos a ayudarlas a que vuelvan a sonreír de alegría.

Y yo, Franfrán, le pregunté a la abuela si en los últimos días algo la había hecho reír a carcajadas.

La abuela no tuvo que pensarlo mucho. Se acordó del humorista Emilio Lovera, alias El Junior. Y yo recordé a Mario Bross y a Luigi.

Los dos nos echamos a reír a carcajadas en el primer banco que encontramos en el parque, que estaba justo frente a las letras asustadas.

Riéndonos muchísimo, nos dimos cuenta que las letras empezaron a reírse también, contagiando a su manera a todas las personas que pasaban por la calle.

Y colorín colorado estas historias de letras asustadas —riéndose— se han terminado.





**Las letras asustadas**  
se editó con amor en digital  
en el mes de junio de 2021,  
en el Fondo Editorial  
Carmen Delia Bencomo-IBIME.  
Mérida - Venezuela.



## María Luisa Lázzaro




(Caracas, 1950). Reside en Mérida desde 1967. Licenciada en Bioanálisis y en Letras, Magíster en Literatura Iberoamericana y Profesora Titular jubilada de la Universidad de Los Andes (ULA). En 1990 fue finalista del Premio de Novela Planeta Latinoamericana “Miguel Otero Silva” con *Tantos Juanes o la venganza de la sota*. Además obtuvo el Premio “Alfonsina Storni” (Argentina, 1978), el Premio “Canción Inédita” por *Atrincherada*, el Festival Nacional de la Voz Universitaria (Valencia, Carabobo, 2000), el Concurso “Milena de Cartas de Amor y Desamor” con *Trastocando olvidos I y II* (Galicia, España, 2003), el Primer Premio de Poesía (2003) y Narrativa (2005) de la Seccional de Profesores Jubilados de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes (Apula) y el Primer Premio de Narrativa (2005) de Apula.

## Ludwianna Piñero Pereira (Luna Gogh)

(San Fernando de Apure, 1999) Artista plástico y tatuadora. Estudiante de Artes Audiovisuales en la Universidad Nacional Experimental de las Artes (UNEARTE), y de Idiomas Modernos en la Universidad de Los Andes (ULA), Mérida. Artista 3D en *Macuare Estudio*. Se desempeña como ilustradora y diseñadora gráfica en el Fondo Editorial “Carmen Delia Bencomo” del Ibime, desde febrero del año 2018. Ha ilustrado los libros *En Amarillo* de Miguel Mata, *El ascensor mágico* de Magda Uzcátegui y *En las nubes* de María Isabel Sánchez, publicados por este fondo editorial.



 @lunagoghart